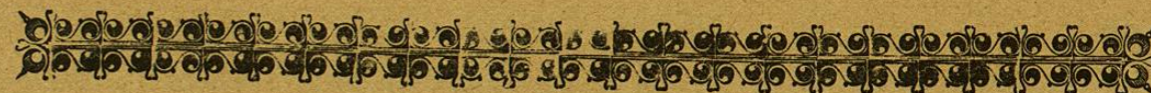


encarnada, no ya en la familia, en la política. Por consecuencia, tras de Bruto se descubre, tanto como su idea propia, la idea de su esposa, dada completamente á doctrinarlo y á moverlo. Por una singularidad, propia de tiempos en los cuales no había muerto del todo la república ni del todo nacido la tiranía, Porcia sugirió á Bruto el propósito é idea de trazar la indispensable apología de Catón. Y he ahí por cuantos enlaces va llegando una determinación del hecho que dió muerte á César. El estoicismo, personificado por Catón, trasciende al espíritu de Porcia, y el espíritu de Porcia trasciende al espíritu de Bruto. Esta mujer del patricio no perdonaba medio de convertir á su marido en tribuno de la libertad romana y en vengador de Catón su padre. El nombre de Bruto le servía para esto maravillosamente. Fundada en una genealogía, más ó menos artificiosa, hecha por el genealogista Pomponio Atico, Porcia presentaba con persistencia inenarrable á su marido los deberes impuestos por la sangre y por el nombre. Descendiente del primer Bruto por su padre y descendiente por su madre de un héroe que se había sacrificado á la libertad, necesitaba, para merecer la gloria, en su persona vinculada, intentar hechos dignos de su nombre, y ninguno tan meritorio como el combate á muerte con la tiranía reinante y la unión de su apellido inmortal con la futura libertad. Mucho debió influir en el ánimo de Bruto, Porcia, para decidirlo y resolverlo, cuando, perezoso de inteligencia y perezoso de voluntad, influido por su madre Servilia, se había conformado tan fácilmente con la derrota y admitido puesto en las filas del vencedor. Pero concluyamos este paralelo, pues ya veremos cómo confirman los hechos las analogías entre Porcia y madama Rolland, entre monsieur Rolland y Bruto.



CAPÍTULO SEXTO

La gran crisis.

A Gironda se había unido, con el fervor propio de tal secta, en alma y cuerpo, al empeño de la guerra; y así del resultado de ésta dependía por completo su fortuna, salvándola, si próspero; perdiéndola, si adverso. Por la guerra se había sobrepuesto á los jacobinos; por la guerra eclipsado la terrible popularidad de Robespierre; por la guerra puesto en segundo término al ciclópeo Dantón, el mayor de los revolucionarios; por la guerra ganado la voluntad completa del Cuerpo Legislativo donde contaba con abrumadora mayoría; por la guerra sometido las pacientes y dulces, pero invencibles, resistencias del Rey; por la guerra entrado en el gobierno; por la guerra conseguido la dirección de aquella sociedad revolucionaria cuando á cata se tenía que tomar la Constitución y con empeño procurarse las armonías ó concierto entre los poderes constitucionales todos. Imagináo cual aparecería la impresión en el espíritu público y en los condensadores de la opinión general sabiendo que se había estrellado el gigantesco esfuerzo primero contra las fuerzas de los austriacos. No se curaba nadie de que latieran en la monarquía y en la corte deseos vivísimos del desastre; de que arrastraran al Rey las circunstancias á una declaración de guerra contra el Austria, declaración desmentida ya por su pluma cuando la pronunciaban sus labios; de que la organización antigua del ministerio consagrado á la guerra lo hiciera inservible para tan crítico momento revolucionario; de que los antiguos caballeros del puñal, gente allegadiza y cortesana, ó los militares muy realistas, formaran el estado mayor dentro del

ejército soldado en defensa del pueblo francés y en contra del principio monárquico; de que todos los generales desconfiaran del núcleo militar dirigido por ellos, y el núcleo militar, por cada cual dirigido, no quisiera nada con sus jefes; de que Lafayette, generalísimo, extraviado por sus antiguos compromisos y sus arraigadas ideas, repugnase ir contra los invasores á la vista y soñase con derribar el ministerio casi republicano, en París gobernante: los clubs, los partidos, las tertulias, curábanse tan sólo de una cosa, de que la derrota con su enorme pesadumbre, la derrota generatriz del deshonor y del daño, caía sobre la frente de todos, mandando el Estado y dirigiendo la guerra un ministerio girondino. Gritaban todos á una como era natural; y gritaba más que todos juntos la envidia. Y la envidia se personificaba en Robespierre. Después de lo mucho que dijera el severísimo tribuno de sus rivales y lo mucho que dijeran sus rivales del severísimo tribuno, la guerra entre ellos fué una guerra sin cuartel y á cuchillo. Cuando el favor popular apoyaba al ministerio girondino, Robespierre se retiró murmurando á su silencio, como se retira gruñendo la fiera enjaulada en un lado de la jaula, si no puede clavar ó las uñas ó los dientes en el imperioso domador. Petion, uno de los primeros á declararse republicano contra la idea de Robespierre; propenso á la Gironda sin desasirse de los jacobinos, aunque no le perdonara nunca sus preferencias el jefe á quien dejaba, ideó entre Brissot y Robespierre una reconciliación. Sin dar su brazo á torcer éste, pero dándose á partido por necesidad de la situación y por imperio de las circunstancias, se avino á reconciliarse, mintiendo perdones de ofensas y olvidos de odios, cuando las unas quedaban en la memoria y los otros en el corazón. Así, no acababan de llegar los anuncios del desastre y Robespierre se revolvió ya contra los girondinos, riéndose del candor de Petion que creyera en la formalidad de su convenio con Brissot. El tribuno sólo se curó de satisfacer su venganza y ostentar su persona. Lo demás le tenía sin cuidado; y en medio del pánico universal, á la hora en que una tras otra estallaban las peores noticias, derrotado Biron, muertos por la indisciplina militar en Lila con horror los dos directores de la primer irrupción en Bélgica, se levantó para disertar sin término en arengas difusas é inacabables sobre los méritos de su persona y los deméritos de sus contrarios. Bien podía hundirse la patria, eclipsarse la libertad, el demonio de la reacción volver triunfante, perderse por la frontera el ejército de la democracia y organizarse á su vez el ejército de la monarquía: Robespierre sólo hablaba de sí á tal hora le ofendieron, á tal otra le calumniaron, si aquí se murmuraba de sus aspiraciones al tribunado ó si allí se le creía con sueños de dictadura, presentándose á sí mismo él mismo, como número y medida en todas las cosas, verbo divino de la revelación revolucionaria, hechura del cielo para salvar á Francia; él sólo santo, él sólo altísimo, él sólo sabio; condenado, como Sócrates á la cicuta y como el segundo Sócrates, Rousseau, á la desesperación, él á prematura muerte, víctima de la envidia.

En cierta ocasión Marat, que desde muy temprana edad se moría por escribir, habien-

do comenzado á los diez años la tarea y continuádola sin descanso hasta el minuto en que rompiera la trama de su vida el certero puñal de Carlota Corday, dijo, por decir algo, sostuvo, por sostener algo, la necesidad en que, según él, se hallaba Francia de levantar sobre sus paveses y poner sobre sus eminencias un dictador tribuno. El irritado libelista se guardó muy bien de nombrar á nadie; quizás pensó tan sólo en sí mismo para tal cargo; mas las gentes dieron en asegurar que á Robespierre designaba, y Robespierre gustoso de cuantos delitos le imputaban y de cuantas acusaciones le dirigían, por defenderse á sí mismo y de sí mismo hablar, se agarró, como á un clavo ardiendo, á esta inverosímil especie, poniéndose ante los jacobinos con gárrula difusión en las nubes y soltando el hidrófobo Marat, como si fuera un perro suyo, á que mordiese primero y despedazara después la cándida Gironda. Pésimo aliado Marat, en verdad. Aunque un amor intenso á las libertades humanas le poseyese y un odio más intenso aún á los enemigos de las libertades humanas, no dejó de ser un loco inhumano y cruel como el peor César antiguo; aquejadísimo de la manía del asesinato, cual otros de la manía del suicidio; y con tal de no perpetrarlo él, falto de fuerza y de valor, aconsejando su perpetración diaria y continua, con lo cual movía los asesinos, tras un frío apercibimiento y preparación, al crimen, aparejado por larguísimos artículos, á sangre fría predicado, y por predicado á sangre fría, peor que cometido por propia mano ante los tribunales de la conciencia y de la Historia. Marat no entró en partido alguno. ¿Quién hubiera podido aceptarlo? Marat, aunque amaba el progreso de un modo confuso, no tenía ideal. Colocado en los antros de la demagogia extrema, predicaba la Monarquía democrática. Marat husmeaba la sangre con deleite y se revolcaba en las tripas de los cadáveres calientes con su imaginación asoladora y con su asesina pluma como un hipopótamo en su lecho de lodo. La madre suya nació en Ginebra, y perdóneme Dios si la creo por su hijo (aunque de su pensar y sentir propios no tenga noticias seguras y conocimientos ciertos) una intolerante calvinista. Muchos de sus biógrafos apuntan, aunque sin pruebas, que su padre tenía origen español. No lo creo. Desde luego, Marat no es apellido español. Engendrado y parido en Cerdeña, donde, si bien hubiera larga dominación española, el padre de Marat debía pertenecer á la sangre sarda y no á la sangre nuestra. Ya contamos con un inquisidor Torquemada y un Fernando séptimo; no es cosa de que carguemos con un Marat, abominable y odiosísimo también. Pero ¿á qué hablar de patria y origen, cuando naciera en el cantón idílico de Neuchatel? Una terrible neurosis le debió poseer desde que comenzó la vida claustral hasta que llegó á la muerte violenta, metiéndose dentro de las entrañas el acero envenenado, que contra los demás esgrimía, su propaganda del asesinato. En los tratados de derecho penal moderno se atiende mucho y mucho se estudia también el promovedor de los crímenes colectivos, predicados y cometidos bajo los pliegues de una bandera política, y se muestra cómo el delincuente de tal clase no pasa de un delincuente común si la pervers-

sidad está en su nativa y fundamental naturaleza. Leed cualquier médico retrato de un delincuente movido al crimen por la política, el retrato de Rosas, por ejemplo, y veréis en seguida su natural semejanza con Marat, cuya maldad estaba en su sangre, por no decir en su espíritu. Era su perversión hija de una epilepsia. La vanidad pueril junta con el orgullo satánico, las alucinaciones parecidas á las que un loco experimenta, el temblor de sus músculos sacudidos por continuas corrientes eléctricas, los relámpagos de genio culebreando en profundísimas noches de moral ignorancia y nativa estupidez, las frases incongruentes y temerarias tomadas por muchos como sibilinas fórmulas son los caracteres señalados por la ciencia criminalista en todas partes á los innovadores que presentan los mismos aspectos de Marat. El sabio autor del tratado sobre las enfermedades agudas del intelecto, Manscey, citado por Lombroso, dice haber debido Mahoma sus rebelaciones primeras á un epiléptico ataque, cuyos sacudimientos, cuyos ensueños, cuyos sonambulismos le valieron para engañarse, primero á sí mismo, y con su propio engaño engañar después á los demás. Pasóle á Marat que la epilepsia y la locura intermitentes le dieron por la política, como les dan á otros por el arte ó por la sensualidad. Nacido pobre, criado entre privaciones y trabajos, mal retribuido por sus esfuerzos y poco apreciado en sus méritos; filólogo sin discípulos, médico sin enfermos, sabio sin gloria y sin provecho; presa de vértigos y sobrecitado á la continua por el café y hasta por el alcohol; con las noches en insomnios, con los nervios en estremecimientos, con los músculos en agudas tensiones; necesitado de confiar á centones pensados entre tal sobrecitación magnética todo lo que ocurría en sus internos desórdenes intelectuales; nada orador á causa de imponerle mucho el público, á quien detestaba en sus misantrópicas hieles; con todos los caracteres del criminal vulgarísimo no excusados ni excusables por el culto de la humanidad, á quien deshonor y mancha, aparece Marat como un Calígula, como un Rosas, como aquellos que han asesinado por el placer de asesinar y vendido en las calles dentro de serones, cabezas humanas, trofeos de sus combates y de sus victorias. El ser sabio, pensador, astrónomo, legista, consumado en óptica y en electricidad no le excusa, más bien le condena, porque con medios tantos de conocer la verdad, nunca conoció el bien.

Pequeño, contrahecho, lívido, huesoso, feo, sumaba el demente con su propia perversidad las supersticiones fanáticas de Robespierre, y las demencias inverosímiles de Rousseau. Aunque proclamara una religión del Estado, nunca sintiera la creencia y la confianza en el Sér Supremo con los fervores de Robespierre; y aunque tuviera una sensibilidad tan despierta como la sensibilidad del mismo Rousseau, nunca experimentó sus tiernos afectos, y, si los experimentó, nunca supo expresarlos. Indeciso entre la política y la ciencia, ni fué un estadista, ni fué un sabio de primer orden. Jamás en política llegó á Mirabeau, y jamás en ciencia llegó á Laplace. Y, como no llegó, supo sólo aborrecer á los oradores y aborrecer á los sabios de primer orden. Cual hubiera podido tratar una hiena,

trató los despojos de Mirabeau; y á Marat atribuye Michelet la muerte de Lavoissier, que nos había dejado en sus descubrimientos químicos innumerables factores de vida y de progreso. Era un iconoclasta de tal género, que se atrevió al intento de destronar hasta Newton en la ciencia y un vanidoso tan pertinaz, que, no haciendo gran caso Franklin de sus descubrimientos en magnetismo y en electricidad, le aborreció de muerte y le maldijo en las atroces invectivas de sus furibundos libelos. Su penuria no le llevó á negar la propiedad, como hicieran otros muchos; pero le llevó hasta los umbrales del comunismo. Poseído de la misma inquietud que Rousseau, conociendo muchas lenguas, necesitado de pordiosear casi los menguados lucros de un oficio, en parte alguna encuentra mediano pasar, contrariedad conducente tan sólo á exacerbar sus malos humores y pervertir aún más su perverso temperamento. Llegado á París entró á servicio de la más reaccionaria familia que había en Francia, la familia del conde de Artois, el mayor absolutista entre todos los hermanos de Luis XVI. Primero fué médico de cuadras, es decir, de palafraneros y lacayos; después fué médico de salas, es decir, de mayordomos y de gentiles hombres. Todos los revolucionarios pertenecieron por algún lado á casa de nobles. Y todos aprendieron en aquellas domesticidades sus ideas igualatorias con sus sentimientos democráticos. La gente devota de toda reacción imputa esto á envidia. En Marat sí, pues envidió al sabio Monge y al polígrafo Voltaire. Pero en los demás deben atribuirse ideas tales y tales sentimientos á las humillaciones que infligían los nobles á los plebeyos, siquier fuesen estos primates del humano espíritu, reveladores del Dios vivo. Los ideales de derecho no cambian en la mente de Marat, cuando de tan terrible manera le trastornaron el corazón. Sus artículos parecían listas de proscripción. Como tanteó tantos caminos, pasóle aquello mismo que á Rousseau: no encontró su vocación sino muy tarde. Cuando llegó á enterarse de que sólo servía para periodista, vendió las sábanas y las colchas de su cama por fundar un periódico.

Manchado de pupas el rostro, como Tiberio; sanguinolentos y encendidos los ojos, centelleando sus visiones de sangre y de matanza; descoloridos los labios; trémulas de cólera las manos y ronca la garganta de aullar, vivía en los subsuelos como ave nocturna, y necesitaba para sus humores internos café y más café, mientras para sus externas irritaciones baños y más baños. Realmente, sobrevivían en él muchos de los oficios y de los cargos que deseaba destruir. Era un inquisidor, era un esbirro, era un sayón, como aquellos apuñalados puestos á servicio de los nobles y de sus condotieros en el trágico Renacimiento italiano. Cuando aconsejaba conclair con uno, ponía todas sus señas, como en los pasaportes antiguos, y el nombre de la calle donde habitaba y el número de su hogar, á fin de que no marrasen los golpes. No era un escritor dado á exaltar con sus ideas la revolución; era un libelista dado á malherir con su pluma los revolucionarios. No quería colaboradores. ¿Quién podía colaborar con él? Y como era sólo en su silencio meditabundo, y estaba sólo en su casa, cual en tumba, la doble soledad interna y externa le agigantaban